

## Una propuesta metafísica

*Las situaciones concretas de la vida  
y su horizonte último*<sup>1</sup>

### ¿METAFÍSICA? UNA PROPUESTA ELEMENTAL

Pese a la crítica sistemática que se ha hecho de la metafísica durante más de dos siglos, sigue vivo el interés y el estudio de la misma. La complejidad y dificultad de su problemática obligan a un replantamiento continuo. El presente ensayo se mueve modestamente en esta necesidad de volver sobre las cuestiones primeras y más simples.

La propuesta presente parte de una posición bastante obvia, pero no suficientemente desarrollada: toda instancia metafísica se da en la vida, en las situaciones concretas de la misma, como horizonte último que es preciso esclarecer. El tema de la vida ha sido muy recurrente, en toda la historia, pero sobre todo en el último siglo. Tras la caída de vitalismos y existencialismos, reaparece hoy en muchas instancias de nuestro presente filosófico...

<sup>1</sup> El presente artículo recoge, muy abreviadas, las ideas principales de *La vida: situaciones concretas y horizontes metafísicos*, por el mismo autor, de inmediata aparición en Publicaciones de la Universidad de Granada.

Se hace esta propuesta como «elemental»: se quiere exponer los elementos primeros y más sencillos, en un campo tan complejo e intrincado como es el de la metafísica. De entrada, no se trata exactamente de la cuestión del «archo», del principio, que remite al fundamento, a la raíz más honda, aunque se apuntará a ella. Los elementos, en un plano más cercano, son más bien los componentes simples y más sencillos de alguna realidad o de alguna disciplina.

Queremos partir de las situaciones inmediatas y concretas de la vida, descubrir en ellas esos factores que podemos llamar «aspectos metafísicos», ordenarlos y sondear su alcance. Desde ahí podremos determinar en qué consiste la metafísica y su papel como orientación, como realización y como incitación de la vida del hombre hacia su plenitud.

## SITUACIONES CONCRETAS Y HORIZONTE METAFÍSICO

1. Todo cuanto podemos llamar *instancias metafísicas* se dan en la vida. Emergen en ella, encuentran en ella su ámbito de inserción y de comprensión, representan para la misma un foco dinamizador y su horizonte de aspiraciones más elevadas.

Entendemos por vida el vivir humano concreto: el quehacer del hombre —personal o colectivo— sobre la tierra a través de los tiempos. Sus aspectos y componentes son múltiples. Los iremos analizando según lo requiera el caso.

Llamamos instancias metafísicas a esa zona de exigencias ineludibles que dirigen el hacer del hombre:

- en el campo del conocimiento y de la verdad (fidelidad a la verdad, coherencia del pensar...);
- en los presupuestos y caracterizaciones más simples e inmediatas de lo que conocemos (hay algo, existo yo, caracteres de realidad, de ser verdadero...);

- en las urgencias más hondas de la convivencia humana (fidelidad al amor, respeto a las personas, las condiciones de la libertad...);
- en las aspiraciones más altas de plenitud y bien; en los valores más elevados —éticos, estéticos y religiosos— se muestran también aspectos metafísicos relevantes, convergentes —todos ellos y los anteriores— en la caracterización que se nos mostrará como la que mejor los abarca y determina, su carácter absoluto, de alguna manera, sin entrar de momento en precisiones mayores.

2. *El vivir concreto*, como acción o haz de acciones que es, tiene naturaleza relacional: *pulsación concreta y campo u horizonte abierto* en torno a ella.

El horizonte cumple en la vida humana, proporcionalmente, el papel del campo de fuerzas, del medio ambiente, del territorio, en seres inferiores al hombre. La amplitud de la mirada, la libertad de movimientos, los niveles superiores del valor y del sentido son notas caracterizadoras de este espacio superior en que se mueve la vida humana.

A la frontera última de ese entorno la llamamos horizonte metafísico, por el carácter insuperable, último, que ofrece el conjunto de instancias antes apuntadas.

Este horizonte último está dado en todo su alcance desde la primera aprehensión de la realidad. Si esta ultimidad se nos desplaza hacia Dios —totalmente Otro—, esto se da en un segundo momento, ya reflexivamente derivado, al tener que precisar dentro de ese horizonte cómo y dónde se realiza esa absolutez captada ya desde el primer momento, que no corresponde en su adecuada exigencia a los seres contingentes a nuestro alcance. Si a Dios tenemos que afirmarlo como totalmente Otro, ello sólo es posible porque se ha mostrado primero como inmanente, como señuelo presente dentro de nuestro horizonte.

3. La tensión dinámica entre la vida y su horizonte en torno no se despliega en el mismo plano: supone ruptura de nivel entre lo físi-

co-químico y lo biológico, entre lo biológico y lo sensible, entre lo sensible y lo espiritual. Es la relación que llamamos de *transcendencia e immanencia*: el plano más elevado supera, rompe con el anterior, pero se mantiene, a la vez, interior, immanente al mismo.

La ruptura del nivel el más alto de todos constituye lo que llamamos el trascendimiento metafísico, immanente, a la vez, en la vida. Abstracción, diferencia ontológica, negación, corte o ruptura son expresiones y teorizaciones diferentes para caracterizar ese paso a la frontera última.

4. El horizonte de la vida —al nivel de la conciencia— no se ofrece como objetivo, como presencia objetiva de algo bien determinado. En la visión de un objeto determinado el horizonte hace de ámbito dentro del cual situamos esa correlación de sujeto-objeto. *El horizonte se ofrece como co-presencia*, sea colateral, sea de trasfondo.

Las instancias metafísicas se ofrecen sólo como copresentes en la conciencia y en la vida espontáneas, en primera instancia. Al objetivarlas, en un segundo momento, la vida espontánea se hace entonces horizonte, queda desplazada a segundo plano, en tensión con las determinaciones que vamos haciendo de esas urgencias metafísicas.

Las fuertes críticas que ha recibido el conjunto amplio de ontologías o fenomenologías de la «presencia» tienen amplia justificación, frente a toda pretensión excesiva de intuicionismo. Hay, no obstante, un margen insuprimible de «mostración» —en co-presencia—, sin el cual se destruye el hecho mismo del conocer o se le reduce injustificadamente a otra cosa (red de estructuras, juegos de lenguaje, etc.).

5. El carácter relacional y tensional de la vida que venimos describiendo adquiere caracteres más fuertes, al hacerse *tensión conflictiva*. El conflicto deja suponer desajustes, que pueden ser transitorios o estructurales y permanentes. No hay por qué suponer en ello una estructura mal construida, pero sí unos márgenes de desproporción, dentro de los cuales se abre todo el juego creativo de la vida y la historia de los hombres.

El descubrimiento de instancias metafísicas, con carácter de alguna manera absoluto, representa una ruptura que pone a la vida

en tensión consigo misma. Es un conflicto sano, estimulante, que da a la vida su mordiente creativo. Pero esa conflictividad puede hacerse desproporcionada, hasta la guerra, por ejemplo. La reflexión debe ayudar a recentrar los conflictos, a buscar las pautas de salida.

Al ocuparnos de la situación histórica presente (nn. 15 ss.), consideramos todos sus aspectos desde las tensiones y conflictos en que hoy se mueve todo el vivir humano: conflictos que afectan a la vida en su dimensión biológico-sensitiva (nn. 18-20,) en su dimensión espiritual (nn. 21-23), en sus distintos ámbitos (24-26), o las esferas de la acción y el valor (27-32). En la base más externa está el desafío de la tecnociencia (n. 18), en su resolución última es la esfera ética la que puede resolver estos conflictos más fuertes (n. 30).

### UNA SITUACIÓN CONCRETA PARADIGMÁTICA

6. Analizamos ahora *una situación, un acto concreto del vivir humano que sea paradigmático*: una toma de postura interpersonal, en momentos importantes, ante situaciones de peligro, o de compromiso serio, en los cuales nos afirmamos con decisión: «soy yo», «presente», «estoy contigo». Descubro con el acto de pronunciar —elocución— una serie de planos co-presentes en la toma de postura:

- la co-presencia interior de mi yo personal, en el pronunciar; me;
- la corporeidad biológica, en sus muchos planos, co-presentes en la locución;
- la asociación del pasado por la memoria, que me mueve a la toma de postura;
- la previsión de las consecuencias para el futuro, sobre las cuales delibero para decidirme;
- el acto en su unidad es indivisiblemente biológico externo y consciente interno, a la vez. Como acción libre, es *dinamismo hacia un objetivo*, perfección o bien, que motivan mi decisión.

Cada uno de estos momentos co-presentes a la elocución revela una raíz metafísica que cabe sondear como aspectos de la propia realidad personal y comunitaria:

- desde la presencia interior del yo consigo, la reflexión se hace pensamiento del SER: soy yo, existe algo, nos preguntamos por la totalidad de cuanto es, frente a la nada;
- desde la co-presencia impresiva de lo corpóreo en mis decisiones y pronunciamientos descubro lo real en «impresiones de REALIDAD» (Zubiri);
- como dinamismo hacia el fin, hacia lo perfecto, ese fin se me revela como ABSOLUTO (tomado etimológicamente como «acabado» o per-fecto);
- en el asumir e interpretar la totalidad de lo pasado, de lo ya existente, la reflexión se orienta hacia el descubrimiento de su configuración o ESENCIA;
- en la orientación hacia el futuro, el esfuerzo por seguir siendo (conatus essendi, Spinoza) se hace PERSISTENCIA. De este modo se anuda el presente, como EXISTENCIA, con el pasado como asunción de esencia, para proyectarse, transformar y realizar esa esencia y mantenerse así en el ser como persistencia.

7. *Experiencia y realidad*: En el análisis de una situación existencial, como la que acabamos de hacer, pueden concurrir corrientes interpretativas dispares: descripción empírica natural, descripción fenomenológica, descripción científica. Pueden considerarse asimismo su valor experiencial o su alcance de realidad. No es fácil delimitar en un objeto su lado de mostración fenomenológica —tal cual me afecta y se muestra a mi conciencia— y su alcance de realidad en sí. Si se me muestra en la conciencia como «real», como «de suyo», en esta formalidad de lo real, cabe siempre urgir más y preguntar por la realidad como fundamentalidad, por el alcance de ser efectivo que le corresponde, más allá de la conciencia.

La descripción fenomenológica atiende al lado de la mostración a la conciencia, cargando sobre el sujeto las condiciones de la mostración. El reconocimiento de la realidad como copresente ya en la misma impresión sensitiva, hace atender al lado de lo real de suyo, desde el que nos movemos constitutivamente. Es también presupuesto que no podemos dejar entre paréntesis o pretender demostrarlo: se nos muestra como «ya de suyo», no en dependencia de nosotros. Son dos vertientes complementarias que se engloban mutuamente, pero que no se anulan la una a la otra, se pre-suponen mutuamente desde distinta perspectiva.

La unidad del acto de vivir se hace correlativa de la realidad viviente que llamamos PERSONA: unidad del yo viviente como realidad natural biológica/espiritual y como sujeto, como espontaneidad pura, *a priori*, creativa; unidad en tensión interpersonal yo-tú, en COMUNIDAD, unidad en tensión de condicionamiento/posibilitación «yo - MUNDO», unidad en tensión última «yo - REALIDAD FUNDANTE».

8. *La estructura del horizonte metafísico: presupuestos, dimensiones, ámbitos y esferas.* Los planos resultantes de los análisis anteriores (nn. 6, 7) constituyen el conjunto del horizonte último metafísico del vivir humano. Pueden ordenarse estructuralmente en *presupuestos* (el pasado y las determinaciones de esencia), *dimensiones de la existencia*: los planos biológico/sensible (praxis-acto, simbolismo-idea, creencias-ideales) y espiritual (realidad, ser absoluto); *ámbitos* o unidades de realidad concretas (persona y comunidad, mundo, Dios), *esferas o espirales*, como orientación dinámica de la vida y de la acción en conjunto hacia el futuro (persistencia) (anticipación/unidad, previsión/verdad, provisión/bien/valor).

El horizonte, como metáfora óptico/espacial en el punto de partida, se hace determinación la más amplia del campo u objeto de la metafísica que vamos a establecer (n. 9). En su base espacial la metáfora tiene un alcance real de condición primera, pues la distensión espacial está en la raíz de nuestra distensión temporal y de la distensión biológico/espiritual. La abertura metafísica está sujeta en nosotros a condicionamientos, distensión de aspectos múltiples, que cabe

ordenar estructuralmente. En su alcance último, como de visión, el horizonte metafísico es omniabarcante, pues en el ser todo está comprendido, fuera no queda nada.

## OBJETO DE LA METAFÍSICA Y DEMÁS DETERMINACIONES

9. El conjunto de aspectos que comprende el campo de la metafísica, tal como han ido apareciendo (nn. 1, 6, 7, 8), encuentran su determinación central y más comprensiva en el absoluto, como la que mejor engloba todas las demás. Puede afirmarse que *el objeto de la metafísica es el absoluto en la vida*. Esto requiere dos justificaciones: cómo el absoluto engloba los otros aspectos y cómo entra la relación con la vida en la objetividad de la metafísica.

9. 1. Se toma aquí el «absoluto» en un sentido minimalista. Se asienta su contenido y alcance en la descripción etimológica y en sus significados lingüísticos corrientes:

- absoluto es *lo incondicionado*: todos aquellos atributos que pertenecen al *ser*, a la coherencia del pensamiento del ser: su oposición a la nada o no contradicción, su carácter ingénito y necesario como totalidad...;
- absoluto, frente a lo relativo, es el *de suyo*, propio de la *esencia* o de la *realidad*;
- absoluto (de *absolvere*, acabar) es —literariamente— *lo perfecto*, el *acto*, el *bien perfectivo*, el *futuro pleno* o *persistencia* de la vida y el ser.

La vida, como despliegue orientado a la plenitud, encuentra en el absoluto su término de orientación última más adecuado, en el cual —como se acaba de demostrar— vienen a confluir los otros aspectos metafísicos descritos más arriba.

9. 2. El absoluto define, pues, el objeto de la metafísica *en relación con la vida*. No es que esto último haga como de diferenciación o especificidad, como una «formalidad» añadida. El objeto de la meta-

física, como aquí se propone, no hay que concebirlo como «formalidad». Es más bien un enfoque posible de la metafísica en la que no se da la primacía a «lo formal», a la esencia o la forma, sino a las determinaciones formales —ciertamente—, pero *en cuanto se dan dentro del dinamismo de la vida*. El objeto de la metafísica, como aquí se contempla, es «relacional», más que formal. Las formas, pero en dinamismo existencial, vital. No hay que cortar, por muy esencial o formal que sea una determinada objetivación, su inserción en la vida. Queda así ésta englobada en el objeto mismo.

En otros campos del saber puede darse una abstracción adecuada, puede quedar fuera el proceso genético de invención o el material empírico que motiva la formalización. Aquí no puede tirarse la escalera, una vez encaramados en el objeto. Luego resulta que el proceso genético llega a mostrarse como perteneciente al foco más originario: que el fondo más radical del ser/fundamento —y Dios mismo, en instancia última— es vida palpitante (n. 12).

10. Pueden considerarse *tres opciones en el enfoque de la metafísica*, privilegiadas entre varias otras posibles: *el ser, la realidad, el absoluto* definen tres tipos de metafísica bien diferenciados: el pensamiento del ser ha gozado de estatuto privilegiado en toda la historia. La intelección de la realidad: Zubiri ha destacado con fuerza convincente la primacía de la formalidad «realidad», en la aprehensión humana, sobre la primacía tradicional del ser, últimamente, por ejemplo, en el mismo Heidegger. En las filosofías de la vida y la historia —pensamos en Hegel sobre todo— puede encontrarse motivos fuertes par esta tercera opción que aquí se propone como preferente. Pueden considerarse tres primacías relativas, según se atienda a la inmediatez de la presencia interior del yo consigo, abiertos al *ser*: a la inmediatez de la impresión de realidad, ya en la primera sensación; a la primacía intencional del fin en todo acto de conciencia.

11. El horizonte metafísico de la vida cabe denominarlo trascendental, «*horizonte de lo trascendental*»: el conjunto de *las diferentes formas de transcendimiento metafísico*. Las hemos sintetizado en el absoluto, como caracterización central. Puede considerarse como trascen-

dental en el sentido de ser *la determinación primera y más radical*, según se ha intentado hacer ver. Desde él se caracteriza *el orden trascendental* como despliegue ordenado de las otras determinaciones (cfr. nn. 6-8). Todas se implican unas a otras como «omniabarcantes», aspectos los más universales y profundos. Es también el absoluto *la condición más radical de posibilidad y de manifestación* en el conocer humano, desde el ámbito de la vida, en relación con la misma, como espacio en el que todo se nos da.

12. Al profundizar en el alcance y sentido del absoluto, esto nos hace romper con la vida, superarla desde dentro. Este *desde dentro* viene a decirnos que el absoluto sigue inmanente a la vida. Más aún, que —por ello— al intentar determinar con más radicalidad el contenido del absoluto, descubrimos que *el absoluto mismo es de carácter vital, en forma superior y distinta*.

El movimiento del pensar metafísico y sus momentos —ser, realidad, absoluto— es de carácter vital, como repliegue y despliegue, «ensimismamiento y alteración», «procesión y retorno» (n. 6 y, más abajo, 21-23). En la raíz del ser y del Nous está la vida, como su germen, como acto derivado del Bien, previo a toda limitación (Enn. VI, 7, 21). No hay forma o esencia, por fija que se la piense, ajena a un proceso dialéctico y vivo en el que se engendra y despliega.

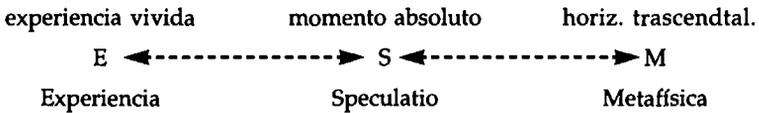
Esencia y acto, el «ti» y el «phyein», el «es» y el «fui» o —en otro plano, asimilable proporcionalmente— la «sustancia» y el «sujeto», son los dos elementos primeros y más simples de la metafísica y de todas sus variaciones: de su «elementatio», «stoicheiosis» o despliegue en historia viviente. Uno y otro elemento se necesitan y son inseparables. Aquí lo miramos todo desde el polo del dinamismo de la vida.

Es asimilable, desde ahí, uno de los filones más originales del hegelianismo: concebir el absoluto mismo como proceso. Lo que Hegel llama experiencia, aplicado a la metafísica, no es el punto de partida, ni el resultado, ni ambos a la vez, sino el movimiento, como vínculo interior que enlaza la disolución de la visión de sí y la visión

del mundo en una nueva visión que emerge de ellas (V. Rühle). No podemos entrar en un discernimiento más preciso.

13. La ley fundamental de la metafísica, su cédula genética, por así decirlo, ha quedado puesta aquí repetidas veces en el movimiento de inmanencia y trascendencia: de la experiencia a su trascendimiento para volver, como contrastación crítica, a la misma experiencia de partida. Es pues, *un triple momento metodológico: métodos de invención y de descripción de la experiencia, métodos especularivos (abstracción, reflexión, fenomenología eidética, etc.), metodologías y filosofías críticas.*

Son tres momentos imprescindibles, como *proceso dialéctico*, en el pensar filosófico, aun cuando muchas veces no se distinguan sistemáticamente con toda nitidez. En la idea de metafísica aquí propuesta la metodología queda asentada en el núcleo mismo del trascendimiento metafísico: en el engarce entre experiencia vivida y momentos de absoluto. Este engarce adquiere su expresión adecuada al ser situado *en horizonte trascendental*:



El nivel propiamente metafísico se alcanza en el paso o ruptura de E a S; pero de una forma bien explicitada, al tematizar el trascendimiento al absoluto *como transcendental*.

14. Ni razón crítica fundadora, ni escepticismo y nihilismo radicales. *El momento crítico de la metafísica* ha de situarse entre uno y otro extremo. Es posible descubrir unos topos mínimos, defendibles desde una interpretación respetuosa con lo que parece mostrar el fenómeno del conocer; unos topos mínimos sin los cuales se destruye la semántica del término «conocer» y el sentido mismo del fenómeno.

No conocemos el absoluto o exhaustivamente. Pero sí conocemos instancias de absoluto: las afirmaciones más ineludibles, «existe

algo», «existo yo»; la «impresión de realidad», por mínima y tenue que sea, insoslayable en la apertura del hombre al mundo sensible; la afirmación de lo perfecto como deseable... son momentos de absoluto, bases elementales y firmes.

Aún en esos topes mínimos hay un margen de creencia, de confianza, de aspiración-amor, que apoya y compensa la no absolutez de nuestra posesión, pues se nos alcanza el absoluto, pero no en total seguridad y dominio, de nuestra parte.

La razón crítica y la hermenéutica trascendentales, al modo de Apel, por ejemplo, nos dan un marco ideal de comunicación interpersonal. Con este marco de universalidad se hace preciso reconocer un mínimo de «mostración de lo real» concreto, de apertura al ser, sin lo cual nos quedaríamos en un formalismo cognoscitivo o semiótico. La mediación pragmática y lingüística de la razón debe ensancharse con la experiencia misma sensorial profunda, que nos abre desde el *sentir* mismo al horizonte trascendental de la realidad.

#### LA SITUACIÓN ACTUAL DESDE SUS COMPONENTES METAFÍSICOS

15. Es común hoy día aceptar la *situación de crisis* como característica de nuestra época. Esto puede tomarse con diverso sentido y alcance: en el sentido de *crisis de onda corta* (los ciclos breves, de pocos años, en los que alterna la expansión y la recesión, en la economía por ejemplo); o *crisis de onda larga*: épocas amplias de transición lenta de un supersistema cultural a otro; la crisis occidental, de finales del siglo XVIII a nuestros días, por ejemplo. Puede tomarse también la crisis como *transitoria*, por más que sea muy larga, frente a épocas de creatividad y estabilidad, o como *crisis permanente*, congénita con el ser humano (P. Landsberg).

Los aspectos básicos de la crisis presente, tomada en un sentido amplio y profundo, o bien en un sentido permanente, tienen un com-

ponente metafísico muy destacado, como incitación en el origen y como resolución o superación, a la vez.

La ciencia y la tecnología actúan como palancas de profundos cambios en las sociedades modernas, desde una *raíz creativa* que incide en lo más originario de la vida; a su base, *la subjetividad moderna*, el yo autónomo y libre, como espontaneidad pura, se ha emancipado hasta extremos que tocan con el endiosamiento; *la comunitariedad* —«del yo al nosotros»— es el tercer factor de creatividad y de cambio profundo: como en los anteriores, a la vez que logro, es desafío y amenaza, pues nos encontramos —paradójicamente— con una comunidad humana despersonalizada, masificada y —además— profundamente desgarrada.

## DEL PASADO AL PRESENTE

(*La esencia* como asunción y configuración del pasado, de la totalidad de lo dado y lo vivido, para *orientar* desde ella lo futuro).

16. En toda etapa o época de crisis, las personas y los grupos sociales necesitan replegarse, volver a la interioridad reflexiva para ordenar sus ideas, volver a la experiencia vivida, desde el pasado remoto, para reorientar desde ahí la vida.

En este esfuerzo por asumir el pasado y comprender de este modo la vida, hay un empeño por llevar esta comprensión hasta las bases mismas de la propia constitución, de la propia esencia —«lo que era el ser», con un sentido de vuelta al pasado, muy propio del pensamiento griego (Aubenque)—. A partir de ahí, se busca cómo orientar la vida desde sus estructuras básicas: como *praxis creativa*, sobreponiéndose a toda *caída*: como esfuerzo de configuración (*forma*), frente al *caos* circundante; como *proyección libre* del futuro, frente a todo *destino ciego*.

En las determinaciones de esencia se dan tres niveles de pensamiento complementarios: 1) la esencia universal o metafísica, en relación con el pensamiento del ser, desde totalidades universales, mar-

cando rasgos intencionales o raíces tensionales últimas; 2) la esencia física, de momentos estructurales físico-reales; 3) la esencia intencional, existencial o vital, como momentos vivenciales de *praxis creativa*, de *despliegue de formas*, de *intencionalidad finalizadora*. Se recurre a una u otra instancia, según los casos, como base de comprensión, en la dirección del sentido de la vida.

(De lo que es la vida —su esencia— dimos una descripción empírica, de uso corriente en el n. 1. Los rasgos ahora apuntados quieren ser una depuración o estilización de los que allí aparecían, aunque no podemos entrar en su explicitación y justificación. La vida en un sentido primario, desde la base biológica, será descrita en el número 17; los siguientes apartados explicitan otras vertientes de la misma).

#### EL PRESENTE: EXISTENCIA Y DESPERSONALIZACIÓN. DIMENSIONES Y ÁMBITOS DE SU DESPLIEGUE

17. *La existencia*, como caracterización de la vida humana, nos lleva a pensarla en términos de efectividad y realización presente:

*El ámbito personal y comunitario*, desplegándose en *el mundo*, abiertos a una frontera última de *Misterio religioso*, nos da su marco adecuado de realización, de realidad (*Ambitos*, 24-26).

Para comprender este ámbito conjunto necesitamos analizar sus componentes: la vertiente biológica de la vida, abierta al espíritu (*Dimensiones*, I, 18-20), la vertiente del espíritu, arraigado en la vida (*Dimensiones*, II, 21-23). La persona, como síntesis dialéctica entre ambas vertientes y entre unas y otras personas, dentro de la comunidad, se caracteriza como «ser sí misma» (Zubiri), pero en movimiento creativo de «aceptación y donación». Es esta tensión creativa de autorrealización la fuerza que puede resistir a la tendencia despersonalizada de nuestra sociedad de masas.

*Dimensiones*, I, 18-20. *La vida biológica* es el correlato más directo de significación, al emplear la palabra «vida», aunque aquí la asu-

mamos dentro de la vida humana, de alcance más amplio que el meramente biológico. Se la ha interpretado filosóficamente definiéndola alternativamente desde cada uno de sus tres componentes esenciales: 1) la vida como *automoción*, como acción y despliegue desde dentro, 2) la vida como *organismo*, como organización, como *totalidad orgánica*; 3) la vida como *finalismo*, como teleología o telonomía. La analizaremos desde cada uno de estos tres momentos, viendo cómo se abren en el hombre a una dimensión metafísica radical.

18. *Praxis y acto* constituyen el primer componente de la vida, tomándola como *acción creativa*. *Acción* expresa el lado externo del quehacer humano, en sucesión y dispersión múltiples; *acto* responde a las operaciones interiores, concentradas en la unidad del pensar y del querer libre; hay un sustrarse a lo disperso y a lo múltiple, al menos por la angulación más interna de estas operaciones. El equilibrio de la vida humana viene dado por la adecuada regulación de la conducta externa desde esa orientación interior, reflexiva y libre. Es el componente metafísico de que venimos hablando.

La organización del hacer humano, cada vez más compleja, desde medios e instrumentos técnicos cada vez más poderosos, ofrece posibilidades nuevas, de gran alcance; cambia profundamente las formas de vida; representa, a la vez, desafíos y dificultades muy agudos. Tal es la situación en que hoy nos encontramos.

¿Podrá la humanidad actual sustraerse a las amenazas más fuertes, provenientes de la espiral de desarrollo incontrolado de la tecnología? Cuando el hombre se asoma al abismo de su propia destrucción, puede dar un paso adelante, suicida. Normalmente, el abismo le hace retroceder. Lo hemos visto con la energía atómica, amenaza angustiada en decenios anteriores, la destrucción del medio ambiente, la experimentación genética incontrolada, el hambre y el subdesarrollo, con un distanciamiento y desgarramiento crecientes entre los pueblos de la tierra, son hoy las manifestaciones más agudas de esta problemática.

Junto a este retroceso ante el abismo de la destrucción, como defensa instintiva de la especie, está el esfuerzo del pensar y del que-

rer de las personas y las comunidades por realizar la vida en fidelidad al propio ser y destino. El ensamblamiento de acto y acción, del proyecto ideal y de las realizaciones orientadas y guiadas por él, empalman la vida con la metafísica del Acto, como urgencia global, pero decisiva, a vida o muerte, en el vivir humano. No podemos explicitarlo más ahora.

19. *Simbolismo e idea* constituyen el segundo momento de la vida biológica y sensitiva en cuanto abierta al espíritu, a sus raíces metafísicas. *El debilitamiento de las simbólicas*, en la tradición de todas las culturas, es un fenómeno bien notorio, como efecto de la civilización tecnológica. Se ha multiplicado la comunicación de la imagen y la palabra, en variedad, en intensidad, en rapidez vertiginosa, pero se ha debilitado la profundidad de su alcance, el empalme entre *imagen o palabra e idea*, desde la mediación del *simbolismo*.

El término *idea* tiene un alcance fuerte —en la filosofía hegeliana sobre todo— como sintética de conceptos, planos de conciencia, objetividad y subjetividad, experiencia y concepto. Es todo aquello que preside una realización unitaria, unificando una multiplicidad de estímulos y determinaciones, orientando el esfuerzo para no dejarnos arrastrar por la dispersión de las imágenes en los mass-media.

Cabe concebir la vida, en su movimiento de «ensimismamiento y alteración», como *simbolización*, como interiorización de lo sensible, como esfuerzo de trascendimiento interior, de alcance metafísico. Inmanencia y trascendencia, el horizonte y sus componentes subordinados —dimensiones, ámbitos, esferas— son representaciones de base simbólica elevadas a conceptualización metafísica, que van haciendo de cañamazo simbólico en esta exposición. Quieren ser, en su intención última, un esfuerzo por orientar la reflexión, dentro de la actual dispersión de las imágenes y los saberes.

20. El tercer componente de la vida —finalización— podemos cifrarlo, atendiendo al empalme de vida biológica y espíritu, en el triple momento de 1) *desarraigo*; 2) *creencia/confianza-fundamental*; 3) *ideales*. Es el aspecto de la emotividad pasional, en su alcance más

amplio, en cuanto se abre a componentes ideales, todavía prerreflexivamente: creencias, en el sentido de abertura no formulada en juicios, en el sentido de confianza fundamental en la realidad. Los componentes ideales se toman aquí no en el sentido de meras ideas, sino con el alcance más dinámico-finalizador que tiene en la vida la palabra «ideales» o aspiraciones más altas.

Por el lado negativo, hay un conjunto variado de fenómenos que cabría matizar mucho y que es posible asociar en la denominación de «desarraigo»: geográfico, familiar, social y cultural...

No es programable la superación, pero el aprecio de la vida cotidiana, de lo más inmediato y gozoso del vivir, puede representar hoy un principio esperanzador. La integración en un universo de indicadores metafísicos, mínimos y básicos, de los pares contrarios de creencias —yo-mundo, yo-tú, materia- espíritu, Totalidad-nihilidad—, puede representar un principio de abertura intelectual orientadora.

21. La vertiente del pensar y del querer en el vivir humano —*Dimensiones*, II, 21-23—, que no se deja reducir a lo biológico, asume, sin embargo, en su procesualidad, el carácter de ciclo vital: del pensar interiorizado, reflexivo, totalizador o globalizante (1-pensamiento del ser), se despliega en intelección de la realidad, atenta a sus múltiples peculiaridades de lo concreto sensible (2-intelección de la realidad concreta); para reconocer en este movimiento oscilante —interiorizador-exteriorizador-interiorizador— el proceso-dialéctico-hacia-adelante en que consiste la vida intelectual y volitiva del hombre.

*El pensamiento del ser* es el primer momento ahora señalado. Es un pensamiento globalizador, de *totalización* y *particiones*. De otra parte, al centrarse en el ser como *acto*, como *existencia*, representa un pensamiento *exigencial* (*ex-agere*, *ex-igere*), que empuja a la realización, hace racionalmente apremiante el cumplimiento, más allá de nuestras limitaciones, de todo aquello que son exigencias de la totalidad como tal: lo ingénito, necesario, autosuficiente del ser como totalidad de lo existente. Es un pensamiento asimismo reflexivo, inte-

riorizador, sapiencial, que nos hace sopesar lo admirable del «estar siendo», a la vez que apremia a la fidelidad al mismo.

Es el tipo de pensamiento metafísico que más ha dominado en la historia de la filosofía, y que sigue apremiando de muchos modos, con diversas variantes. Ante el oscurecimiento del sentido, la invitación del último Heidegger a pensar el ser sigue resonando todavía, como apremio urgente, en nuestra situación cultural.

22. *La intelección de la realidad* representa un tipo de pensamiento y de metafísica contrario, en cierto modo, al anterior. Es importante la sistematización del mismo que ha realizado Zubiri, y a ello apuntan también diversas aproximaciones al *realismo* a partir de las ciencias experimentales, las ciencias físicas sobre todo.

Se reconoce en este pensamiento el carácter metafísico que apunta ya en las mismas impresiones sensibles, en tanto que «impresión de realidad»: el entender concreto queda como empalmado con el mismo sentir, de modo que en una misma unidad estructural de sentir y entender, la abertura a lo real, como real, coexiste con todo el sentir y vivir humano, como infraestructura metafísica suya, aún cuando haya que ir precisando con muchas dificultades el alcance objetivo o subjetivo de cuanto en primera instancia se ha presentado como real. Es la ciencia misma —la filosofía de la ciencia—, en nuestro tiempo, la que va realizando la superación del fenomenismo.

23. *La orientación al absoluto* es el tercer momento del proceso que analizamos. Lo vemos ahora como movimiento finalizador hacia lo *perfecto*. *Absoluto*, en una de sus significaciones, es exactamente lo mismo, «lo acabado», lo perfecto. De otra parte, esta tercera instancia asume, integra las dos anteriores. Ya en la misma semántica *absoluto* significa *lo incondicional*, como caracterización del pensar de la totalidad del ser, y significa —frente a lo relativo— el *de suyo* de lo real, por mínimo que sea. En ello hemos puesto, por lo mismo, el objeto de la metafísica, como denominación englobante de sus otras determinaciones.

Dentro de una situación tan marcada por el relativismo cultural, y tan alérgica a toda forma de absolutismo, como es la nuestra,

se hace necesario salvar siquiera un mínimo de absoluto, con todas las atenuaciones que a ello sea preciso ponerle. El caos y la total indeterminación no puede gozar de una mínima pretensión de defensa coherente. Es un mínimo lo que con ello se afirma de absoluto, pero en ello nos jugamos lo máximo.

24. *Ambitos 24-26: Persona y comunidad. Convivencia desgarrada.* El reconocimiento de la persona como *sí mismo*, en aceptación y donación, con toda su soberanía y dignidad, es la base de toda realización humana. *Ser persona en comunidad* constituye el *ámbito trascendental* que posibilita toda forma de comunicación dialogal o consensual.

La comunión interpersonal se encuentra hoy profundamente desgarrada, a nivel mundial. Pero la conflictividad se presenta generalizada a todos los niveles, en los conflictos interpersonales y de pequeñas comunidades, en la conflictividad social, en «una dialéctica de las culturas», con abismos de difícil superación.

El camino de superación y encuentro hay que buscarlo en las bases mismas de la persona como realización, en «aceptación y donación»: es una base teórica y práctica fundamental, como generosidad hasta el sacrificio, capaz de armonizar los conflictos más radicales. Los resultados son siempre precarios, dadas las limitaciones y fallos que derivan de la tendencia egoísta complementaria.

25. *Vivir en un mundo amenazado.* La comunidad humana existe y se despliega en *el mundo*. Este le pertenece —en tanto que conjunto de entidades que constituyen el universo—, dentro del cual se encuentra el mismo hombre.

El abuso de la superioridad del hombre sobre el mundo, como dominación desequilibrada, amenaza al cosmos y constituye a éste en amenaza para el hombre. La estructura del mundo —«complejo dinámico» (n. Hartmann), en su formulación más amplia— supone una totalidad equilibrada, como «ámbito trascendental» de toda acción ordenada.

Las amenazas provenientes de los excesos apuntados están provocando hoy una actitud nueva, tendente al equilibrio y al respeto.

Es el equilibrio entre la receptividad y la iniciativa transformadora, entre el bosque y el jardín, entre la servidumbre o el miedo de otros tiempos y la ebriedad fáustica del hombre moderno.

26. *Vivir ante Dios desde la nihilidad.* La abertura del hombre al universo material no cierra el horizonte de lo pensable. La totalidad de lo existente, como ingénito, necesario y autosuficiente, no se agota, como fundamento, en las entidades humanas y mundanas.

Esa instancia última de ser-en-absoluto (ingénito, necesario, autosuficiente) exige cumplirse más allá de la limitación de los seres concretos que conocemos, en el Ser Infinito. Aceptar su Realidad Infinita (Personal, no menos que persona) parece más coherente que su alternativa, el materialismo.

La comunión con la Divinidad —hoy debilitada por el secularismo y el ateísmo— supone trascender y negar la limitación de nuestro existir («perder la vida»), pero es condición para su realización en plenitud («para salvarla»).

#### DEL PRESENTE HACIA EL FUTURO. ESFERAS (NN. 27-32): LA ACCIÓN, EL SABER, EL VALOR

27. *El volcarse la vida hacia el futuro con alcance de absoluted metafísica es lo que llamamos persistencia,* como momento metafísico correlativo a la *esencia* y la *existencia*. Consiste en el esfuerzo por sobrevivir, por seguir siendo («conatus essendi», Spinoza), en tanto —a la vez— que aspiración y tendencia hacia la plenitud.

Esta orientación constituye la «futurición», como anticipación, previsión y provisión, con respecto al porvenir. En este movimiento se constituye el vivir humano, en sus aspectos de finalización más elevados, que polarizan el despliegue de la acción humana: los valores trascendentales últimos, la unidad y el acto, la verdad y la bondad, con sus complementarios, la belleza y lo santo.

Estos valores son considerados en contraste con los problemas y trastornos de nuestro tiempo y en tanto que impulsan participati-

vamente el despliegue de la vida hacia su último bien (no en tanto que ideas universales abstractas): como integración (en relación con la unidad, n. 28), como intuición creativa en la historia (en relación con la verdad, n. 29), como liberación (en relación con el bien o plenitud final, n. 30), como expresión estética o como recuperación de lo sagrado (nn. 31, 32).

28. *Existencia trágica. Muerte y supervivencia.* Al pensar la unidad total de lo real, aumido en la vida, se asumía el pasado entero, descubriendo sus esencias o configuraciones (n. 16). Ahora se *antici*pa el futuro para acabar esa totalización, proyectando hacia adelante la esencia como programa abierto de realización.

Este proyecto de futuro se centra básicamente en el esfuerzo por sobrevivir. La vinculación explícita —y con valor de constitución— entre el pensar y la totalidad del ser, da fuerza a la exigencia racional de persistencia de la persona —aún por encima de la muerte— desde lo que puede constituir su núcleo o raíz más íntima de consistencia.

Pero en la situación actual no es sólo la supervivencia personal lo que preocupa, sino la misma persistencia de la especie humana amenazada y el porvenir de la historia. Es posible, en ello, abrirse a la esperanza: un futuro entrevisto como movimiento de «integración» —encuentro de culturas y grandes tradiciones históricas— que comienza ya a germinar.

29. *Existencia absurda. ¿Sentido de la historia?* En el campo de los saberes y de la verdad el movimiento de la vida se orienta desde la investigación de lo que es la previsión —la prospección— de lo que puede ser y de lo que va a ser.

En la situación actual de dispersión en los sabers y de quiebra profunda en la unidad del logos la *intuición creativa*, como movimiento vivo de la inteligencia y como proceso de la verdad esclareciéndose en la vida, logra siempre abrir caminos de encuentro hacia la verdad completa.

30. *Existencia y maldición. El bien/fin como liberación.* La orientación final al bien hace de la «previsión» del futuro «provisión» ética

de valor. (La metafísica del *bonum* fundamenta y ensambla las dos vertientes éticas de la deontonomía y la teleología, entendiendo el bien último como realización de la *norma existencial* «sé el que eres», y como aspiración a lo perfecto infinito).

En la crisis actual de los valores, hasta el pesimismo de la «existencia maldita», se abre siempre el empuje renovado de la vida. En el movimiento de integración, apuntado más arriba (n. 28), comienzan ya a destacarse caminos abiertos de orientación esperanzadora.

Los desafíos y conflictos más fuertes de nuestro tiempo —la superación de las amenazas de la tecnociencia, como desafío base (n. 17)— apremian hoy a una responsabilidad ética colectiva: un mínimo de racionalidad ética trascendental (Apel), principios de personalización, de praxis y consenso dialogal creciente, movimiento comunitario, horizonte de liberación, programaciones de democracia participativa, no meramente formal... ¿Podrán vencer tales ofertas la inercia de la masificación y burocratización del mundo, también crecientes?

31. *La belleza y el arte cumplen en la vida un papel de equilibrio y de conjunto, como expresión de su plenitud.* Es el momento trascendental de «lo bello» que ha sido determinado de formas muy diferentes: armonía y orden (unidad), «splendor formae» (ser/esencia), «*quae visa placent*» (verdad/bien), como momentos de un despliegue vital del espíritu. Lo más peculiar de la belleza y el arte podría cifrarse, quizá, en ese despliegue del espíritu viviente en cuanto «esplendor», —pero referido a su plenitud interior—, o en cuanto expresión y recreación de esa misma interioridad plena.

El arte atraviesa hoy también profundos trastornos, como el resto de los valores culturales. En el agotamiento de las vanguardias y en la expresión estética como «no-arte», se apuntan ya, no obstante, indicios de recuperación...

32. *La esfera de lo sagrado y el conjunto de las acciones religiosas se centran en un valor muy hondo que aquí tomamos como valor metafísico trascendental: el valor de «lo santo» se deja describir de múltiples formas y responde —ontológicamente— a la dimensión desde la cual*

todo guarda relación con Dios: todo es Dios o está referido a Dios desde todo su ser.

Este valor se determina en un despliegue de notas que responde al despliegue trascendental de la vida: lo «separado» (uno), lo «poderoso», lo «numinoso», denso de realidad (ser), lo «misterioso» más hondo (verdad), lo axiológicamente supremo (bien), belleza «siempre antigua y siempre nueva». Lo más propio y peculiar parece hay que ponerlo en ese carácter «numinoso», «divino», que anida en lo hondo de todo ser, como referencia «ad Deum» de toda su realidad. Es el elemento más «formal», pero que en el enfoque metafísico aquí expuesto, dinámico y finalizador, hay que situarlo como valor supremo, como el foco más fuerte de sentimientos y vivencias hondas en el hombre, que los procesos de «ilustración» tienden a depauperar, sin que —en principio— hubiera razón para ello.

Más allá de la legítima secularización, el secularismo pretende negar del todo este orden de valor, amenazando con ello de vaciar la vida de sentido. El conjunto de las religiones se aproximan hoy en un movimiento de «convergencia», de acercamiento ecuménico, como defensa de la vida en su sentido más profundo y como oferta renovada de sentido. La tensión con el ateísmo y el secularismo —como desafío a una mayor autenticidad en la liberación del hombre— y la convergencia ecuménica son los signos tal vez más notorios de una nueva época religiosa en la que vamos entrando. Es el ámbito también más adecuado para una metafísica que subyace, como infraestructura dinámica, en todas las situaciones de la vida humana.

ISIDRO MUÑOZ TRIGUERO